

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 9. — Madrid 25 de Marzo de 1889.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESUS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 f.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Las malas lecturas*. *Carta Pastoral del Rmo. Obispo de Madrid Alcalá* (continuación). — *Lágrimas de una madre*, Marquesa de Salinas. — *Progresos científicos*, Melchor de Palau. — *¡Covadonga!* Oratorio, Rafael García y Santisteban. — *El legado de un viejo* (conclusión), Eduardo Bertrán Rubio. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

LOS PADRES DEL CELEBRANTE, DESPUÉS DE LA MISA NUEVA, cuadro de José Alcázar Tejedor. — En pocos lienzos se ha expresado el concepto con más delicadeza y sentimiento que en el presente. El joven misa-cantante bendice y estrecha a su madre, a la vez que es por las

lágrimas de su madre bendecido. El padre llora de felicidad, llora de veras, a distancia respetuosa.... Es un hermoso conjunto que conmovió hondamente al público, en la última Exposición nacional de Bellas Artes en que figuró, y fué premiada con medalla de segunda clase esta notabilísima obra. Alcázar Tejedor, dotado de gran sensibilidad artística, reproductor fiel del natural y colorista a la manera de Goya, es uno de los nombres que honran verdaderamente al arte contemporáneo. Desde su cuadro de la *Sacristía* que le abrió las puertas de la celebridad, el que hoy publicamos ha venido a corroborar el juicio favorable que desde luego mereció el autor.

EL ÚLTIMO SUEÑO, cuadro de Carlos Hoff. — Ante el lecho de un muerto concéntrase el espíritu, vuelven los ojos a regiones serenas y parece como que nos desprendemos de lo terreno. En estos trances solemnes se nos presenta en toda su realidad lo deleznable de nuestra existencia y comprendemos cuán vana es la soberbia del hombre que se juzga eterno y poderoso para dominar a los demás. La abuela, su hija y el nietecillo devoran su dolor ante el cadáver cubierto de flores, revelando en su rostro el pensamiento que cruza por su mente.

LOS PASTORCILLOS. — Esta composición forma un idilio, entre las ovejas, los corderos y los niños sus guardadores que, con los apacibles, puede decirse constituyen familia. En la vida del campo, no tan seductora como la poesía nos la pinta, pues si tiene goces tiene privaciones y molestias, la existencia, en cambio, se desliza pacífica y a la vez que la inteligencia no necesita hacer grandes esfuerzos, el cuerpo se ejercita de modo extraordinario. La escena de los pastorcillos rebosa ternura y sencillez y ha sido tratada con delicadeza suma por el autor.

LA PRIMAVERA, cuadro de Vayreda. — El pintor catalán, laureado varias veces, nos ofrece en este lienzo sentimiento de la naturaleza, observación, luz y gradación de tonos por extremo agradable. Los risueños y pudibundos almendros, precursores de la estación florida, están en toda su lozania y vigor. El fondo es vago; la alberca bien interpretada, y completa la composición la hábil perspectiva aérea.



LOS PADRES DEL CELEBRANTE, DESPUÉS DE LA MISA NUEVA, CUADRO DE JOSÉ ALCÁZAR TEJEDOR.

LA DÉCADA



ESTAMOS en tiempo de *quadragésima*, Cuaresma ó cuarentena, que se aplica al tiempo medio entre Miércoles de Ceniza y Domingo de Ramos; el Concilio general de Nicea (325) declaró que la Cuaresma es práctica conocida y observada en toda la Cristiandad, y la mayor parte de los Padres del IV y V siglo consideran este tiempo como de institución apostólica. Fué consagrado desde Moisés y Elías, y durante él, nuestro divino Redentor ayunó á pan y agua cuarenta días y cuarenta noches.... Poco haremos ante el sublime ejemplo de continencia si en estos días nos abstraemos de la vida mundana; si concentramos el espíritu, dedicando una hora siquiera á la meditación de lo que somos, de lo que caemos, de lo poco que merecemos y de lo mucho á que podemos aspirar en el recinto de la conciencia y en lo íntimo de la fe.

* *

No es extraño que un pueblo católico convencido, á pesar de los gérmenes que en él siembra la incredulidad, recoja el espíritu y mantenga firmes las prácticas de la religión. La mujer cristiana, que equivale á decir española, de quien recibimos ejemplos de sumisión, de vocación y de piedad infinita, acude al templo para mostrarnos el camino. Al caer de la tarde vemos salir de la Iglesia del Sagrado Corazón, calle del Caballero de Gracia, un número crecidísimo de señoras, de mujeres creyentes, de todos rangos y edades, madres é hijas, que practican los ejercicios espirituales, á cargo del infatigable campeón de la doctrina católica P. Mendía, de la Compañía de Jesús. Con delectación ha sido oída la palabra persuasiva del ilustrado Sacerdote, y aun no siendo pequeño el templo, no bastó á contener la concurrencia de señoras, lo cual dió lugar á que se repitan las conferencias, cuya segunda serie ha empezado el día 22, sacando de ellas el orador famoso frutos no menos copiosos que en las primeras.

* *

Y al anuncio de que en la iglesia de San Luis iba á ejercer su misión el sabio y elocuente P. Vinuesa, otro esclarecido hijo de San Ignacio, congregando á los hombres para infundirles las verdades eternas, aquel templo, tan amplio y capaz como es, no fué bastante á contener el número de fieles. Un día y otro, durante los once de ejercicios, ha estado completamente lleno de auditorio culto, de católicos notables; repleto de apiñada multitud que atenta, y retenida hasta la respiración, deleitose penetrando en el vario concepto y profunda semilla que brotaba de labios tan autorizados. El P. Vinuesa, en sus disquisiciones científicas, místicas, psicológicas, por el campo yermo y sin luz del indiferentismo religioso, ha confirmado lo que ya sabíamos; que es apóstol de la fe y gloria de la tribuna sagrada.

Discurriendo, entre otros temas, sobre la revelación, la Iglesia, los mandamientos, la confesión, las penas del infierno, con sencillas y espontáneas galas oratorias recreó nuestra mente; con su lógica, ejemplos y profundidad de pensamiento, iluminó nuestra razón. Y es que hay en la palabra del P. Vinuesa algo de aquello que se siente más que se explica; mucho de aquel acento de verdad que cae sobre el alma como rocío fecundante y salvador. Oyéndole, nos ha enseñado á pensar y á fortalecer la creencia, y como punto de partida de aquel éxtasis producido por su tierna y dulcísima palabra, sus oyentes han doblado la rodilla al pie del confesonario, y luego del altar, para recibir fervorosamente el Pan eucarístico. En la misma Iglesia parroquial de San Luis explicará las *Siete Palabras* el día de Viernes Santo,

que, seguramente, volverá á llenarse para oír al P. Vinuesa; y quiera Dios que en cuanto sus fuerzas consientan, se repita su fructuosa predicación.

* *

Si en el mundo paciente cunden ideas benéficas, en el militante, en el mundo exterior, preocupa al presente el tema de la inmoralidad, la denuncia de hechos reprobables, el fraude, el negocio, el arte de vivir cada cual para sus medros, sin reparar en los medios con tal de llegar al fin. Nace, á mi ver, tal estado de perversión en la conciencia humana de la tolerancia, de la impunidad, de la indiferencia con que se mira el afán de lucro y de engrandecimiento personal; de la ineficacia en las leyes y en su cumplimiento; de las deficiencias en la administración y de la facilidad con que el sufragio popular designa para representar al pueblo á los explotadores de la hacienda pública. La mirada está fija ahora en el Municipio; pero no es sólo aquí donde hay que investigar y corregir. La red se extiende y enreda en sus mallas á otros muchos hombres, en quienes la intriga y la influencia, la improvisación y el abuso, sustituyen al trabajo honrado.

La lucha no es ya por la existencia, sino por el ansia de enriquecerse y de vivir á expensas de los demás. Todos procuran barrer hacia adentro, según gráfica expresión, cuando lo que hace falta es barrer más alto para limpiar, para adecentar á la sociedad de logreros y acaparadores.

Achaque viejo es este de la inmoralidad que, en fuerza de tolerado, extrema su acción, sus vergüenzas rayanas en el escándalo. Si los poderes reflexionaran; si los gobiernos comprendieran la trascendencia de ese estado morboso; si aplicaran la ley sin miedo, vendría esa corrección saludable, que siempre se hace esperar.

* *

Cuando se publiquen estas líneas, las Soberanas de Inglaterra y España habrán celebrado su entrevista en San Sebastián. Y porque espacio me falta esta vez para el vagar de la decena, terminaré con las noticias tristes que nos ofrece: la muerte ocurrida en Molina de Aragón del artista tan celebrado en los anales de la zarzuela, D. Tirso de Obregón, á quien debieron mucha parte de sus triunfos los maestros compositores Arrieta, Barbieri y Gaztambide, y el fallecimiento del Coronel Subinspector de la Guardia civil en Alicante, D. Fernando Lloret, cuya brillante hoja de servicios y méritos personales le hicieron tan digno del aprecio público.

Fordesillas

LAS MALAS LECTURAS

CARTA PASTORAL DEL RMO. SEÑOR OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

Con motivo de la Cuaresma.

(Continuación.)



ANTE ese horrible cuadro de úlceras y desventuras sociales hay que convenir que la corrupción y perversidad de los pueblos son una consecuencia lógica de las ideas que dominan en los mismos, y que de ordinario las obras no son otra cosa que la realización del pensamiento que hay en él que las ejecuta. Por eso, para conocer lo que es ó lo que puede esperarse de una sociedad, basta atender á las doctrinas que informan la vida de la misma. Cuando la juventud y las clases altas de Francia devoraban los escritos de

Holbach y Diderot, bien pudo preverse que no tardarían el ser anunciados á gritos por las calles y plazas públicas el *Padre Duchesne* y la *Madre Duchesne*, tipos terroríficos del hombre demagogo y de la mujer revolucionaria, y que sus autores y próselos llegarían bien pronto á ser dueños del país para imponerle su feroz despotismo¹; y del mismo modo, cuando se vea proteger y leer con ansia libros y periódicos que enseñan el ateísmo, insultan á la Religión, divulgan odio contra el clero, desacreditan el principio de autoridad, y al mismo tiempo halagan al pueblo, haciéndole ver á lo lejos un cielo azul y un campo de libertad y emancipación de toda ley, puede asegurarse sin temor de equivocarse, que están cerca fuertes conmociones y días de prueba para las instituciones y el orden social; porque las revoluciones traducidas en hechos tienen siempre su preexistencia en las ideas.

Como desgraciadamente en los momentos presentes la mayor parte de las obras científicas, de literatura, de filosofía, y la misma historia, aparecen estar influidas de un espíritu naturalista, ser órganos de la moral del interés, de la moral del placer, de la moral de la fuerza y de la moral de los hechos consumados, y además contienen en mayor ó menor grado el racionalismo, como está contenido el oxígeno en la mayor parte de los cuerpos, siquiera sea en estado de hidriato, no es temerario predecir que la sociedad contemporánea, por más que se ofrezca coronada de tantas conquistas y progresos científicos, lleva en su mismo seno los gérmenes de su decadencia y está en vísperas de catástrofes profundas, que han de poner en peligro su modo de ser. Por eso, sin duda, un filósofo materialista², asustado de las funestas consecuencias que se siguen de ilustrar solamente el entendimiento y de abandonar la educación moral del corazón, vióse precisado á confesar que puede haber dos clases de barbarie: una procedente de la ignorancia, y otra de la ilustración exclusivamente intelectual; y preguntado otro publicista de triste celebridad³ cuál de las dos es peor, no vaciló en contestar que lo es la segunda, por ser más graves y de más trascendencia los males que surgen de una civilización puramente material, sin el freno de la moral; y abundando en ese sentir un diario positivista, de gran circulación, ha tenido la franqueza de afirmar recientemente que la civilización extrema conduce á la barbarie, y que el deseo de saberlo todo y de verlo todo engendra procedimientos de una bestialidad irritante⁴.

De las consideraciones y hechos que quedan expuestos podéis conocer, amados Hermanos é Hijos nuestros, cuán admirable es la sabiduría de nuestra Madre la Iglesia, y los beneficios inmensos que ha dispensado á las ciencias, á la causa de la civilización y á la salvación de las almas, al prohibir con prudentes y saludables leyes la lectura de los libros nocivos, y al imponer penas á los transgresores de esas justas disposiciones. Asistida del Espíritu Santo, concedora de nuestra débil condición, y testigo secular de lamentables naufragios, sabe muy bien que los libros inmorales, irreligiosos y anárquicos, escritos con estilo deslumbrador y preparados con calculada malicia para seducir á los fieles, han sido en todos tiempos el atractivo de abominación de que se han servido la herejía, el cisma y la impiedad, para extraviar á los inocentes y llevarlos por el camino de su perdición. Por eso desde los primeros días de su existencia en el mundo principió

¹ Mr. Herbert fué el director del *Padre Duchesne*, periódico violento y brutal que sirvió de Evangelio á los revolucionarios más avanzados desde el 1790, en que principió á publicarse. Herbert pidió la abolición de la magistratura, del culto católico, del clero y de la propiedad, y también fué uno de los que firmaron el destronamiento y la muerte de Luis XVI.

² Condillac.

³ Benjamin Constant.

⁴ *Petit Journal de Paris*, 29 de Septiembre 1888.

á ejercer en bien espiritual de los fieles los oficios que una buena madre ejerce para la conservación de la vida natural de sus hijos. Si los principios de humanidad y los sentimientos y deberes de una madre natural autorizan á la misma para prohibir á sus hijos el uso de los alimentos que pueden ser nocivos á la salud y poner en peligro su vida, con mayor razón habrá que reconocer en la Iglesia la potestad divina, conferida por Jesucristo, para proscribir toda clase de lecturas, que sean contrarias á la religión y á las costumbres cristianas, y para obligar á los fieles á que se aparten del riesgo de debilitar ó de perder la fe, precioso don sobrenatural y luz hermosísima del alma, de suyo incompatible con las dudas y tinieblas de que suelen abundar los libros impíos.

Uno de los cuidados más especiales de los Apóstoles, al predicar el Evangelio, fué el exhortar encarecidamente á los fieles de la Iglesia naciente para que evitasen el trato y las conversaciones de los que no recibían la doctrina de Jesucristo¹, fundando aquéllos su solicitud en que las palabras de los incrédulos son malas como un cáncer, y de suyo inducen á la impiedad², en que sus discursos son causa de pecados y disensiones³, y en que sólo á condición de evitar la novedad de las palabras y la oposición del falso nombre de ciencia seductora, es como podría conservarse puro é íntegro el sagrado depósito de la fe⁴. Si los fieles deben evitar las conversaciones de los impíos por los graves daños que de ellas se siguen, con mayor razón estarán obligados á no leer los escritos que contienen doctrinas heréticas; puesto que si éstas, aun propagadas de palabra, que es transitoria, pueden causar la ruina de la fe, mucho mayor perjuicio podrán experimentar las almas de la lectura de malos libros, en que el veneno, sobre ser permanente, suele estar preparado con más habilidad, puede ser llevado á todas partes é invadir hasta la vida del hogar doméstico, para ejercer allí con segura lentitud su acción disolvente y mortal.

El gravísimo peligro que para la sencillez y creencia católica de los pueblos envuelven los escritos irreligiosos se deduce de la costumbre, observada en la Iglesia desde los tiempos apostólicos, de inutilizar todo libro supersticioso, erróneo ó heretical. Predicando San Pablo en Éfeso contra las doctrinas nocivas, que á la sazón se propagaban allí entre los fieles, muchos sectarios, dice un sabio expositor, *se apresuraron á presentar sus libros*, que valían *quinientos escudos romanos*⁵, y fueron entregados á las llamas, en presencia de gran multitud de gentes; con lo cual principió á crecer y afirmarse más en los corazones la palabra divina⁶. Atestigua esa misma costumbre el gran Padre de la Iglesia San Agustín⁷, y también San Cipriano, diciendo éste además que se hacía lo mismo con los libros que contenían calumnias temerarias⁸. El mismo Lutero, á pesar de ser el corifeo de la impiedad y de la libertad de pensar, para justificarse de los cargos que se le hacían por haber mandado exterminar los libros de Juvenal, Marcial, Catulo y la *Priapa* de Virgilio, contestaba que también en la Iglesia Católica había la costumbre vetusta y ejemplo antiguo de quemar los códigos malos é infestados, según constaba en las *Actas de los Apóstoles*⁹.

Esa medida de prudente rigor vióse practicada durante los tres primeros siglos de la Iglesia en tal manera, que no se admitía ningún converso á la co-

munió de ésta sin que antes entregase los escritos malos que tuviere para quemarlos; y cuando restituida la paz á los cristianos pudieron celebrarse libremente los Concilios, quedó vigente la misma ley, y así se vió que el primero de Nicea, además de condenar la herejía de Arrio, decretó que todos los ejemplares de su libro *Thalia* fueran arrojados al fuego, cuya disposición se ejecutó por mandato de Constantino el Grande, quien ordenó al propio tiempo fuera castigada con pena capital la ocultación de cualquiera de dichos ejemplares¹; habiendo reunido un Sínodo Teófilo, Obispo de Alejandría, para condenar las obras de Orígenes y prohibir su lectura, dió cuenta de ello al Papa Anastasio, el que no sólo confirmó la resolución sinodal, sino que además escribió una carta á los Obispos de Milán y de Aquileya, diciendo al primero: *Te hacemos saber que hemos condenado las blasfemas invenciones de Orígenes, para que nadie las lea, y se entienda que es rechazado y castigado por Nós todo lo que ha sido escrito por Orígenes, contrario á nuestra fe*². El Papa Inocencio I remitió el año 405 á Exuperio, Obispo de Tolosa, el canon de las Sagradas Escrituras, y después de enumerar los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, añade: *Los demás escritos que circulan con el nombre de Matias y Santiago el Menor, así como también con el de Pedro y Juan, que aparecen ser obra de Leucio, y lo mismo los que llevan el nombre de Tomás y algunos otros, has de tener entendido que, no solamente deben ser rechazados, sino también reprobados*³; después que los Padres del Concilio de Éfeso habían proscrito la herejía de Nestorio, temiendo que hubiera sectarios contumaces que despreciasen las censuras, acudieron al Emperador Teodosio el Menor, rogándole que mandase reducir á cenizas los libros del heresiarca, do quiera que se encontrasen⁴; y del mismo modo fueron condenadas en el Concilio ecuménico de Calcedonia las obras de Eutiques, prohibida su lectura y decretado que fueran arrojados al fuego los libros de los *maniqueos*, habiendo ordenado el Emperador Marciano, en apoyo y observancia de esos cánones, que sufrieran los infractores la pena de destierro, y la de muerte los que enseñasen doctrinas impías contrarias al dogma católico⁵.

Aunque con el transcurso del tiempo, conforme se fué entibiando la piedad, fueron también suavizándose las penas impuestas á los lectores de escritos perniciosos, la Iglesia, sin embargo, jamás dejó de reprobos éstos y de imponer saludables censuras á los infractores de sus preceptos. Si alguno leyere ó defendiere, dice el Concilio primero de Braga, las escrituras que ha depravado con su error Prisciliano ó los tratados de Dicitinio, sea excomulgado⁶; se anatematiza igualmente en el Concilio romano celebrado el año 649, bajo el Papa Marcelo I, á los que leyeren los escritos de los herejes Ciro, Sergio, Pablo y Pirro⁷, y el Concilio segundo de Nicea impone también la pena de excomunión contra los que leyeren los libros de los Iconoclastas⁸. En vano se ha pretendido sostener que los antiguos Padres de la Iglesia no prohibieron las malas lecturas bajo de censura canónica, fundándose en que no se hace mención de ellas por el Papa Gelasio, cuando éste promulgó su catálogo de libros prohibidos, porque al reproducir el Papa Hormisdas el susodicho catálogo, dice terminantemente que por el decreto de Gelasio, no sólo fueron repudiados los libros de los herejes, sino también eliminados de toda la Iglesia católica, apostólica, romana, y condenados para

siempre en sus autores con el vínculo de anatema¹, y el Papa Clemente VIII asegura también que en el decreto de Gelasio se imponían censuras contra los que retenían los libros prohibidos², en tal manera que, según sentir del Cardenal Palavicini³, los Padres del Concilio Tridentino tuvieron á la vista el susodicho decreto para dictar algunas reglas más sobre la prohibición de obras irreligiosas.

Deseando la Iglesia alejar de las manos de sus hijos todo lo que pudiera servirles de ruina espiritual, no solamente les prohibió las malas lecturas, sino que además procuró reprimir la libertad de imprimirlas y de publicarlas, para que atajado el mal en su raíz, cesaran, en cuanto fuera posible, sus frutos abominables; y al efecto el Papa León X en el Concilio ecuménico de Letrán estableció que, á fin de que la imprenta, *inventada para gloria de Dios, aumento de la fe y propagación de las buenas artes, no produjera efectos contrarios y redundase en perjuicio de los fieles cristianos, se creía en el deber de evitar que en la impresión de libros se mezclase la buena semilla con las espinas, y el veneno con la medicina, por lo cual, con aprobación del Santo Concilio, y con la mira de que cuanto mayor fuere prosperando con toda felicidad el arte de imprimir, fuera siendo también más fácil el cuidado y la vigilancia sobre esa invención, mandó que en lo sucesivo no se imprimiese libro ni escritura alguna, así en la ciudad de Roma como en las demás ciudades y diócesis, sin que antes fueran examinados y aprobados por el Vicario ó el Maestro del Palacio Vaticano en la Ciudad Eterna, y por el Obispo ó persona idónea deputada por el mismo, ó por el inquisidor de la malicia heretical, del lugar en donde hubiere de hacerse la impresión; y que tuviesen entendido los infractores de prohibición tan terminante que, además de incurrir en excomunión, quedaban obligados á la pérdida de los libros impresos, que deberían ser públicamente quemados, á la suspensión del oficio de impresor durante un año, y á satisfacer la multa de cien ducados, con destino á la Fábrica de San Pedro*⁴.

En confirmación de esa misma doctrina decretó el Concilio de Trento que no es lícito imprimir ningún libro sobre asuntos religiosos, sin expresar el nombre del autor, ni tampoco venderle ni retenerle, sin haber sido antes examinado y aprobado por el Ordinario, debiendo ponerse la aprobación de éste al principio del impreso; y que todos los que faltaren á ese precepto conciliar incurran en excomunión y en las demás penas impuestas en el último Concilio de Letrán⁵. Se reitera esa misma disciplina canónica en la Regla décima del Índice, aprobada por el Papa Pío IV, en la cual se manda observar todo lo que estableció acerca de la impresión de escritos el Concilio Lateranense celebrado bajo el Pontificado de León X, y además se impone la pena de excomunión á los que lean ó tengan en su poder libros de los herejes, ó escritos, de cualquier autor que fueren, que hubieren sido ya condenados por heréticos, ó sospechosos de herejía, declarando al propio tiempo que todos los fieles que se propasaren á leer ó retener libros prohibidos, cualquiera que fuere su denominación, además de cometer pecado mortal, sean castigados severamente, según el juicio de los Obispos⁶.

Proclamada por el apóstata de Eisleben la libertad de pensar, de escribir y de leer, fué tanta y tan desastrosa la multitud de escritos que en odio á la Iglesia católica se dieron á la luz pública, que, á manera de torrente impetuoso y desbordado, inundaron la sociedad y esparcieron por todas partes las tinieblas del error con grave detrimento, no sólo de

1 I Joan., I, 10.

2 II Tim., 10.

3 Rom., 16 y 17.

4 I Tim., 6, 20.

5 Calmet in Act. App., let. XLVI.

6 Actos, XIX, 59.

7 S. Alphon. de Ligor., Theol. moral., t. IV, pág. 393.

8 Epist. 42 ad Corn.

9 Luth. tom. II, epist. ad Spalat.

1 Arnobius ap. Baron, ann. 56, núm. 302.

2 Zaccaria, Storia polemica, lib. VIII, cap. 54.

3 Zaccaria, núm. 58.

4 Epist., Conc., Ephes., ad., Theod., act. 2., ap. Lab., Conc., t. II.

5 Liberat. in Breviar., c. 50.

6 Conc. Brac. ann. 563, ann. 57.

7 Conc. Rom. can. 58.

8 Conc. Nic. II. art. 2.

1 Dec. Horm. ap. Baron. ad. ann. 420.

2 Clem. VIII, Const. Sacrosanctum.

3 Histor. Conc. Trident. part. 2.^a, c. 58 et 59.

4 Conc. Lat. Secc. 50, Const. Inter sollicitudines.

5 Conc. Trid. Sess. 4, cap. 2.

6 Bulla Dominici, 24 Mart. 1564.

los dogmas de nuestra santa Religión, sino también del progreso de la civilización cristiana. Viendo nuestra Madre la Iglesia el peligro inminente que envolvía esa gran profusión de impresos impíos contra la fe, contra la moral y contra la honestidad de costumbres, y siendo su divina misión en la tierra el procurar con su propia autoridad y con su sacerdocio la eterna salvación de las almas por medio de la predicación del Evangelio y de la administración de los santos Sacramentos, en la imposibilidad moral de censurar y procribir en breve tiempo todos y cada uno de los impresos nocivos, propagados con actividad vertiginosa por los sectarios de la heretical reforma, acordó en el Santo Concilio de Trento, no solamente nombrar una numerosa comisión de Prelados doctos, procedentes de diferentes naciones, para que se encargasen de formar un catálogo, lo más completo que fuese posible, de todos los libros malos y nocivos, sino también de formular reglas generales que pudieran servir de norma á los fieles, á fin de que supieran los impresos que no les era lícito leer ni retener en su poder.

Llevado á su término ese estudio, después de ímprobo trabajo y de incomparable solicitud, y aprobados con carácter obligatorio y universal por el Papa Pío IV, así el *Índice de libros prohibidos* como las *dies Reglas* anexas á él ¹, es altamente lamentable la conducta de muchos hijos de la Iglesia, quienes, no sólo no saben apreciar el inmenso beneficio que en bien de su conciencia cristiana y de su dignidad racional, les proporcionó al señalar los abismos en que podía naufragar su virtud y su eterna salud, sino que despreciando los preceptos y censuras de su tierna Madre, se entregan á la lectura y contribuyen con escándalo público á la propagación de libros reprobados, llevando su rebeldía hasta el punto de asociarse á los impíos, y de hacer coro con ellos, para negar á la Iglesia las atribuciones que son necesarias á toda sociedad perfecta, para defenderse contra los enemigos que la combaten.

Siendo un dogma de fe católica que la Iglesia fué fundada por Jesucristo, para que custodiase íntegro y puro el sagrado depósito de la divina revelación, ¿cómo podría cumplir en el mundo la voluntad de su augusto Fundador, si no la hubiera sido dada autoridad infalible para rechazar y condenar el cisma, la herejía y el error en las diversas formas que revisten, siendo así que son de suyo atentatorios de la verdad sobrenatural? Debiendo apacientar la Iglesia con saludables enseñanzas á todos los fieles, confiados á su maternal solicitud, para que en ella y por medio de ella consigan su eterna salvación, ¿cómo podría ejercer las funciones de ese alto magisterio si careciese de las prerrogativas necesarias para distinguir el bien del mal y el vicio de la virtud, y si no estuviera adornada de autoridad para imponer preceptos morales con carácter obligatorio, á fin de determinar en concreto lo que los fieles deben practicar como conducente á su salud espiritual, y para señalar y reprobar lo que deben evitar como inductivo á su eterna desgracia?

Esa autoridad, ejercida por un magisterio vivo y permanente, es tanto más necesaria, cuanto que la luz natural y la ilustración personal de cada uno de los fieles no son suficientes para apartar á los mismos de los peligros que envuelven las malas lecturas, porque, aunque por solo el dictamen de la ley natural pueda saber cada uno que no le es lícito leer impresos en que hay riesgo de perder su fe, y de que sufra detrimento la pureza de sus costumbres, sin embargo, esa misma ley no enseña de suyo cuáles son en particular esos impresos nocivos, y si son de esa naturaleza muchos de los que diariamente se publican y alcanzan gran circulación. No habiendo

otros medios más que la ley natural para adquirir ese conocimiento práctico, resultaría con frecuencia que los fieles leerían libros sumamente perjudiciales antes de darse cuenta del peligro, y llegarían á sentirle cuando ya hubiese penetrado el veneno en su corazón, por donde se ve la necesidad de una autoridad que señale, en cuanto sea posible, con su propio nombre los escritos perniciosos, cuya lectura deba evitarse.

Aun dado caso que con la ilustración intelectual pudiera saberse en particular los libros que son nocivos, todavía sería necesaria la intervención de una autoridad para llegar á la solución práctica de la vida moral, porque, aparte de que la grey cristiana se compone de justos y pecadores, y de miembros ilustrados y de los que no lo son, y aparte de que las leyes de la Iglesia se promulgan para todos sus hijos, y á todos ellos sin distinción obligan su cumplimiento y observancia, no cabe dudar que aun aquellos que se distinguen por su mayor instrucción y virtud, al sentirse tentados de curiosidad y excitados de sus propias pasiones para leer un impreso, que saben de ciencia cierta ser malo, sin embargo, dada la fragilidad de la naturaleza humana, se entregarían á su lectura, y para cohonestar su resolución y aquietar el remordimiento buscarían en su mismo ingenio y probidad argumentos bastantes para presumir que ningún peligro podía venirles de la susodicha lectura. El temor de esa desgracia es más fundado si se considera que frecuentemente se principia á deliberar sobre lo que se lee cuando ya se está efectuando, ó cuando ya ha causado profunda perturbación en la conciencia.

No habiendo, pues, en ésta, ni en la cultura del entendimiento, norma segura ni eficacia suficiente para retraer á los creyentes del peligro inminente de las malas lecturas, surge de nuevo la necesidad de buscar el remedio en la Iglesia, para que, así como se quita de las manos el acero ó el arma de fuego al que en estado de exacerbación puede herirse con esos instrumentos, así también nuestra amantísima Madre, inspirándose en la compasión que la causan sus hijos, agitados unas veces de violentas pasiones é indefensos otras contra su nativa debilidad, aleje de ellos el veneno que puede privarlos de la vida de la gracia; y con prudentes leyes y penas saludables los separe de la ocasión de caer en pecado, señalando anticipadamente los malos libros que, con estilo fascinador, inducen á cometerle.

Ni es tampoco fundada ni razonable la excusa que suele alegarse diciendo que se leen impresos perniciosos con la mira de adquirir mayor instrucción y de conocer las dificultades inventadas por los enemigos de la Religión, porque, sobre que el entendimiento humano sólo puede ilustrarse con la luz de la verdad, y jamás con las tinieblas del sofisma, no hay tampoco necesidad alguna de acudir á fuentes emponzoñadas para conocer los argumentos de la incredulidad, puesto que en los apologistas del Catolicismo se halla todo lo que han dicho los que le combaten, con la ventaja de encontrar en los primeros, sabiamente refutados, los sofismas de la impiedad. Encuéntrase en Tertuliano las dificultades de Marción; en San Atanasio, las de Arrio; en San Agustín, las de Pelagio; en San Dionisio de Alejandría, las de Pablo Samosateno, y todas las demás objeciones de los herejes y racionalistas, que sucesivamente han venido levantándose contra la autoridad y enseñanza de la Iglesia hasta nuestros días, han sido igualmente contestadas, y pueden verse en los doctores, y controversistas católicos, que alumbrados por la fe y encanecidos en el estudio de las ciencias, salieron valerosos á la defensa de la verdad y han dejado á la posteridad obras inmortales, en las que figuran los nombres de Bossuet, Ráulica, Augusto Nicolás, Kettinger, Moigno,

Balmes, Donoso Cortés, y los egregios purpurados Wisman, Nivman, Franzelin, Zigliara, Monescillo, González, Alimonda, con los doctos escritores Lafuente, Orti Lara y Menéndez Pelayo, gigante asombroso de las inteligencias contemporáneas.

(Concluirá.)

LÁGRIMAS DE UNA MADRE

ESTUDIO SOBRE SU INFLUENCIA EN LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

Déjame, mujer, así Dios te dé vida, que es imposible que un hijo de tales lágrimas perezca.

(Confes. Lib. III, cap. XIII.)



Seguimos paso á paso la vida de San Agustín desde su nacimiento, año 354, hasta su conversión en el 386, hemos de verle constantemente acompañado, no sólo por el amor y la oración de una madre tierna cual ninguna, sino por las lágrimas que ésta dejó correr en abundancia, y que siendo por mucho tiempo de pena, aceptadas sin duda por el Señor, llegaron á ser, por último, de alegría, formando suavísimo bálsamo para las heridas del corazón del hijo, y gotas de puro rocío, que recogidas por mano de los Angeles, fueron transformadas en bellísimas perlas, que hablan de formar la refulgente aureola de nuestro insigne Santo.

El nacimiento de un hijo hace derramar dulces lágrimas á la sensible madre. Mónica, á quien Dios tenía escogida para regerger con las suyas á su amado Agustín, la destinó desde su matrimonio á una vida de prueba y de ese género de sufrimiento que elocuentemente define San Ambrosio llamándole martirio del alma. Cuéntase que durante su embarazo tuvo revelación de las maravillas de que su hijo sería un día instrumento, si sabía criarle, para Dios; y siendo esto así, es indudable que al estrechar en sus brazos al recién nacido derramaría lágrimas cual las otras madres, pero lágrimas de imponderable amargura ante el temor de no desempeñar con exactitud la misión que se la confiaba, doblemente difícil en sus circunstancias, siendo su marido pagano, y no sólo él, sino la madre de éste, con quien vivían, así como los criados, cual si el Señor hubiese querido dar más brillo á su predilecta sierva colocándola como refulgente estrella, en una noche de profunda obscuridad. Pero Mónica era cristiana verdadera, é inspirada en su fe sólida, que alentó á tantos mártires á no retroceder ante la vista de los mayores suplicios, se armó para el combate que creía inevitable, ofreciendo al niño antes de su nacimiento, según nos dice San Francisco de Sales, á la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios; y como el mismo San Agustín confiesa repetidas veces en sus escritos diciendo: *« ab utero matris meae, en el seno de mi madre, había empezado ya á sentir el gusto de la sal de Dios. »*

Dada esta preparación, seguramente Mónica no abandonó un instante en sus primeros años á nuestro Santo, inculcando en su alma verdadero y profundo amor á Dios, que, cimentado en el corazón del niño, podrá entibiarse con el pestilente aire de las pasiones; pero que no llega á enfriarse del todo en el corazón del hombre.

Mónica no debía eximirse de los sufrimientos inherentes á la generalidad de las madres; así, cuando apenas su hijo contaba de siete á ocho años, vióle atacado de una violenta enfermedad, uniéndose, al temor natural en toda madre de perder al hijo amado, el dolor de que no hubiese aún recibido el bautismo; tibieza y abuso mal introducido en aquel siglo; pero que ella no podía contrarrestar. Fácil es comprender su amargura, que más tarde

¹ Bulla *Dominici gregis*, 24 Mart., ann. 1564.

explica su mismo hijo con estas elocuentes palabras: «mi madre quedó desconcertada hasta en el fondo de sus entrañas.» Por misericordia divina el mal desapareció milagrosamente, aplazándose, no obstante, el bautismo, que no recibió hasta veinte años después de este suceso, costumbre que por entonces era tolerada.

Preciso fué pensar en que Agustín empezase sus estudios. Su padre, esperanzado con las disposiciones que presentaba, y no obstante su escasa fortuna, resolvió mandarlo á Madaure; y su esposa, que á la separación del hijo amado unía el temor de que aquella imaginación vehemente borrara las máximas aprendidas en los brazos maternos, hubo de resignarse, acompañándole ella misma, y dejándole, no sin depositar en su alma buenos consejos, cual era natural en la primera separación de un sér tan querido. Cuando Agustín fué á Madaure contaría unos catorce años; en aquella Universidad aprendió la lengua griega, y durante los seis años que allí permaneció, hizo notables progresos en sus estudios; pero desgraciadamente los tristes presentimientos de su santa madre se iban cumpliendo, como expresan estas palabras: «¿Dónde estaba yo, y cuán lejos de las delicias de vuestra casa andaba desterrado en el año décimosexto de mi edad?»¹

A su vuelta á Thagaste, no pasó inadvertido para su madre todo ésto. Satisfecho su padre con los triunfos que había obtenido en sus clases, resolvió en un supremo esfuerzo enviarle á Cartago, donde podría atenderse al desenvolvimiento de su inteligencia, aunque ello contribuyera á que la obra de Mónica viniese á tierra. No obstante, como á aquel corazón, cuidadosamente cimentado en el amor divino, asaltábanle remordimientos que conturbaban su espíritu, no considerábase feliz desde que cometió sus primeras faltas, como se desprende de sus palabras referentes á esa época: «Vos, Dios mío, derramabais sobre mis placeres desarreglados amarguísimos disgustos, á fin de precisarme por este medio á buscar los verdaderos goces que no causan pena ni remordimiento: quería ser libre y era tan desgraciado, que no veía yo mismo que me forjaba las cadenas.»

Su corazón se agitaba en continua lucha, hasta que llegó á dejarse vencer por las pasiones. Dotado de fisonomía bella, que revelaba su talento, y acostumbrado á ocupar constantemente el primer lugar en las escuelas de retórica, llegó á ensoberbecerse en términos, que al perder á su padre, motor dignísimo así de sus aspiraciones, su ansia de ser admirado y de sobresalir no tenía ya límite. Mónica, á quien la Providencia no podía negar consuelo, tuvo, en medio de sus terribles pruebas, la dulcísima satisfacción de que su esposo se convirtiera, muriendo como verdadero cristiano. Esto, unido á la inspirada contestación del Santo, á quien de continuo excitaba: «Déjame, mujer, así Dios te dé vida, etc.» confortó su corazón, recobrando fuerzas al quedar viuda, para seguir luchando como madre heroica contra los extravíos de su hijo.

Agustín dejábase arrastrar por las falsas doctrinas de los Maniqueos, lo cual produjo tan acerbo dolor en su madre, que llegó á temerse por su vida. A esta época debe aludir el mismo Santo cuando dice², «Habiendo mi madre, vuestra sierva fiel, derramado delante de vos más lágrimas por mí, que las otras madres por la muerte corporal de sus hijos, porque con la fe y espíritu que vos le habíais dado veía ella la muerte de mi alma.»

En el año 374 Agustín decidió seguir á los Maniqueos, es decir, á los veinte años de edad. ¡Cuántas lágrimas llevaba derramadas por su causa, en tan corto período, su virtuosa madre! Al con-

vencerse de que su hijo había apostatado públicamente, su dolor no tuvo límites; pero revistiéndose de la energía que presta la arraigada fe, al presentarse Agustín no titubeó en realizar uno de los actos más heroicos, el de arrojarle de su casa, diciéndole que no quería verle ni en su mesa, ni bajo su mismo techo. Ordenó á que hubo de obedecer, refugiándose en casa de Romaniano. Pero Mónica, así que le vió desaparecer, cayó de rodillas, llamando á Dios en su auxilio, que no tardó en consolarla por medio de un sueño, el cual comunicó á su hijo, produciendo gran sensación en el ánimo de éste.

Hay que advertir que Agustín, en medio de sus desórdenes, era siempre hijo tierno y respetuoso.

Su madre no dejaba de verlo y vigilarlo, y no pasaba día, mejor dicho momento, en que no orase y llorase. El mismo Santo, refiriendo sus peligros y conferencias con un tal Fausto, que para tantos había sido lazo mortal, exclama: «¡Oh, Dios mío, si vos no me abandonasteis en estos críticos momentos fué debido á que mi madre lloraba noche y día, y vertía por mí en sacrificio toda la sangre de su corazón.»

Agustín, llevado siempre de su volcánica imaginación, decide emprender su viaje á Roma; y su madre, comprendiendo que en el estado de luchas y vacilaciones en que fluctuaba su corazón era esto nuevo incentivo para el mal, corrió en su busca, y estrechándole entre sus brazos, le hizo prometer que no se alejaría de Africa; pero aquella promesa, hecha ante la situación angustiosa de la madre, era sólo ficticia, y con la idea de desorientarla de su partida. Fingió ir á despedir á un amigo, y viendo que su madre seguía sus pasos, la suplicó entrase en una capilla inmediata, dedicada á San Cipriano, y aprovechando los momentos que estaba en oración, se embarcó.

Mónica, inundado el corazón de profunda amargura, volvió á Thagaste. Y ¿para qué? Oigamos las palabras del Santo: «para derramar allí esos ríos de lágrimas con que inundaba diariamente el sitio donde oraba.»

¡Ah, santa y sublime mujer! Enjuga tus ojos; Dios no ha de desoir tus ruegos; y si permite alejarse al hijo amado, es para disipar las tinieblas del error que oscurecen los suyos y darles la luz de la gracia.

Agustín llegó á Roma el año 383, yendo á hospedarse en casa de un Maniqueo. Allí tuvo ocasión de ver claramente sus abominables costumbres, que su alma noble en el fondo rechazó hasta el punto de jurar que en lo sucesivo dejaría de tener relaciones con los Maniqueos, volviendo á ese estado de agitación y de lucha, que, á no dudarlo, fué causa de una grave enfermedad que le aquejó, durante la cual sin la dulce vigilancia de su madre y sin fe para dirigir al cielo una mirada de arrepentimiento, dice: «¡Oh, Dios mío! ¿Dónde había ido yo si hubiese muerto en aquel momento? No sabía esto mi madre; pero os rogaba por mí, aunque estaba ausente. ¿Y habíais vos, Señor, de despreciar las lágrimas de una mujer como ésta, con las cuales no os pedía oro, ni plata, ni otro algún bien terreno mudable y transitorio, sino la salud del alma de su hijo? ¡Oh, no! Esto no es posible y no sucederá jamás; así que vos oísteis á mi piadosa madre y os preparasteis á hacer lo que en sus oraciones pedía; pero procediendo según el orden inmutable de vuestro supremo amor.»

Vencida la enfermedad, obtuvo después de un brillante ejercicio público, en presencia del célebre Simaco, Prefecto de Roma, la cátedra de Elocuencia de Milán. Su madre, dispuesta siempre á llevar su abnegación hasta el heroísmo, olvidando la in-

gratitud con que aquél se alejara de sus amorosos brazos, despreciando lo largo y penoso del viaje, pues tenía que atravesar el Mediterráneo, y teniendo que hacer supremos esfuerzos para sufragar gastos, Mónica se embarcó el año 385, latiendo su corazón de gozo ante la esperanza de volver á ver á su hijo, y llena de confianza, que no la abandonó un instante, aun en aquellos que estando la mar agitada los mismos marineros temblaban. Y era que ellos miraban los objetos bajo el prisma terreno, mientras Mónica, con la vista en el cielo, confiaba no morir sin tener antes el consuelo de presenciar la conversión de Agustín.

Efectivamente; la tempestad cesó, renaciendo en todos el contento al contemplar las risueñas costas italianas, y si el corazón de aquellos hombres palpitaba, ¿qué sería el de Mónica al terminar la separación de sér tan querido? Pero Agustín, que ignoraba la venida de su madre, hubo de participar su viaje á Milán cuando ya había salido, y al llegar ella á Roma, ó sea después de atravesar 400 leguas, supo con dolor que se hallaba á otras 200 de distancia del que con tanta ansia buscaba. ¿Qué haría en este caso? Fácil es comprenderlo: atravesar los Apeninos con la misma abnegación que abandonó su patria, emprendiendo con el mismo ardor su camino. Agustín, sumergido en la duda, se alejaba del Maniqueísmo, aunque sin renunciar á sus pasiones, sin decidirse á abrazar el Catolicismo. Su estado era tal, que dudando de todo, no sabía qué creer: desesperaba de hallar la verdad que buscaba, confesando que nunca se había hallado peor. Esta era su situación á la llegada de su madre; pero las lágrimas de ésta habían sido aceptadas por el Señor, y la hora del consuelo se acercaba, viniendo en su ayuda San Ambrosio, elegido providencialmente Obispo de Milán, á quien Agustín había visitado á su llegada, según explica en estas palabras: «Llegué, pues, á Milán, y fui á ver al Obispo Ambrosio; pero vos erais quien me conducíais y llevabais á él ignorándolo yo, para que después, sabiéndolo, me llevase y condujese él á vos.»

Mónica oyó tranquila las explicaciones de su hijo, diciéndole que la fe que tenía en Jesucristo la hacía esperar que antes de salir de esta vida le vería verdadero cristiano; y añade el Santo: «Esto es lo que me dijo á mí; pero delante de vos, fuente inagotable de misericordias, multiplicaba oraciones y derramaba más copiosas lágrimas para que os dignaseis acelerar vuestros auxilios y alumbrar mis tinieblas.»

Fija siempre en su idea, Santa Mónica fué á ver á San Ambrosio; éste conoció á primera vista á la heroína del amor materno; así es que cuantas veces hablaba con Agustín siempre le felicitaba por tener tal madre. Ella, á su vez, presintió ser éste el elegido por Dios para la conversión de Agustín, y no desperdiciando ocasión para que las relaciones entre el Santo Obispo y su hijo fueran cada día más frecuentes é íntimas, siempre que San Ambrosio subía al púlpito ella procuraba llevar consigo á Agustín para que le oyera, lo cual no la costaba violencia, pues demostraba afición á oír sus elocuentes discursos, que bien pronto empezaron á conmoverle, induciéndole á examinar la manera de proceder de los católicos. San Ambrosio no ignoraba las dudas de Agustín, pero fingía ignorarlas, comprendiendo no era llegado el momento de discutir con él; y respetando Mónica el plan de su Director, continuaba orando en silencio.

Más de un año duró esa lucha entre Agustín y su conciencia, durante el cual el trato frecuente del Santo Obispo y las lecturas á que por indicación de éste se dedicaba, entre ellas las epístolas de San Pablo, llegaron á impresionar su alma. «Yo, dice,

¹ Confess. Lib. II, cap. II.

² Confess. Lib. III, cap. XI.

¹ Confess. Lib. V, cap. VII.

² Confess. Lib. V, cap. IX.

¹ Confess. Lib. V, cap. XIII.



EL ÚLTIMO SUEÑO, CUADRO DE HOFF.

Ayuntamiento de Madrid



LA ILLUSTRACION CATALICA



LOS PASTORCILLOS.

estaba seguro de las verdades de la fe; pero me sentía aún débil para gozarme en ellas." Por fin, agitado, y sin duda por insinuación de su madre, resolvió consultar con un santo Sacerdote, llamado Simpliciano: éste le recibió con dulzura indecible haciendo girar la conferencia sobre el ejemplo de un joven llamado Victorino, cuyo relato interesó tan vivamente á Agustín, que lleno de entusiasmo llegó á exclamar: "¡Oh, Dios mío, venid en mi ayuda, hacedlo todo Vos, despertadme, arded Vos en mí, y comunicadme vuestras dulzuras para que yo os ame y corra tras de Vos."

¡Madre feliz! Dios ha escuchado tus ruegos; tus lágrimas, cual benéfico rocío, han hecho brotar en el corazón del hijo amado, el lirio fragante del arrepentimiento....

Contiguo á la casa había un jardín: « á él, dice San Agustín, me lanzó por fin la tempestad que rugía en mi alma. » Allí, leyendo con avidez las epístolas que más vivamente habían conmovido su alma, entregado á sus remordimientos, nacidos de su profunda meditación, arrojándose debajo de una higuera, y animado por voz infantil, que resonó en sus oídos con celestial encanto, llegó el instante supremo en el que, repitiendo « ¡Vos, oh Jesús mío! » aquel *Veni foras* que sacó á Lázaro del sepulcro, las luces de vuestra divina gracia iluminaron aquel entendimiento, sacándolo de la muerte de la culpa á la vida de la gracia, haciéndole exclamar después de diez y siete años de resistencia: « ¿Hasta cuándo ha de durar que yo diga mañana, mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego, y en este día? ¿Por qué no ha de ser esta misma hora la que ponga fin á todos mis pecados? » Decidido buscó á su madre, que postrada al pie del altar, elevaba al cielo fervientes súplicas. Y permaneciendo largo rato estrechamente abrazados, sus ojos se convirtieron en manantial purísimo, que inundó de gozo su corazón y que hizo exclamar á San Agustín:

« A mi madre, á sus oraciones y á sus méritos debo todo lo que soy. Si prefiero la verdad, si no amo más que la verdad, si estoy pronto á morir por ella, se lo debo á mi madre. Dios no ha podido resistir á sus ruegos; y por último, si no he perecido en el error y en el pecado, también lo debo á las lágrimas de mi madre; sus abundantes y fervorosos ruegos me han obtenido gracia tan singular. »

Si cual nos propusimos, no hemos conseguido probar la influencia de las lágrimas de Santa Mónica en la conversión de San Agustín, ciertamente que esas frases, consignadas en el sublime libro de sus confesiones, harán evidente nuestra proposición. Para terminar repetiremos aquellas elocuentes antífonas, que llenan de júbilo el alma cristiana, y que nuestra madre la Iglesia, repite en la festividad de la que bien puede llamarse heroína del amor materno:

« Miradla, ahí está esa viuda que sabe llorar, que vertió tan constantes y amargas lágrimas por su hijo. Las lágrimas de esta madre inconsolable no tenían fin. Las lágrimas que á torrentes derramaba esta Santa llegaron hasta Vos, Señor. »

MARQUESA DE SALINAS.

PROGRESOS CIENTÍFICOS

Las primeras pruebas de *El Peral*. — *Interview* con uno de los navegantes de *El Ictineo Monturiol*. — El submarino *Cabanys y Bonet*. — *El gran Leviatán*.



Una situación serena y espectante en que se puso esta Revista desde los comienzos de *El Peral*, tan lejana de la encomiástica adoptada por parte de la prensa, aun á riesgo de tener que recoger velas en buque

1 Confess. Lib. VIII, cap. IV.

que no las lleva, como de la depresiva á que acudieron los que se complacen en denigrar el nombre español, suponiendo á los nacidos en nuestra Patria incapaces de talentos científicos y mecánicos, nos da hoy derecho pleno á juzgar del resultado de las primeras pruebas y á examinar la importancia que entrañan en relación con el problema que se pretende resolver, suponiéndole mayor alcance del que en sí mismo tiene.

El afán de justicia, que es nuestra norma, nos movió á hablar en primer término del malogrado Narciso Monturiol, indicando con ello que no es el asunto de tanta novedad, ni aun dentro de España, como algunos pretendían, ya que en 21 de Noviembre de 1866, llevando á bordo ocho tripulantes el *Ictineo*, obra del citado inventor, sumergióse y permaneció más de tres horas bajo la superficie de las aguas, sin que despertara el entusiasmo que el submarino *Peral* cuando se puso en movimiento, maniobrando, no como submarino, sino á modo de lancha, en San Fernando, el día 7 del presente mes.

Expusimos además, y en ello insistimos, que los inventos, más que al inventor, se deben á la atmósfera científica externa; y, que por tanto, no es posible guardar el secreto que, según algunos ilusos, iba á ponernos en condiciones ventajosísimas respecto á las potentes naciones extranjeras, y ser motivo de la devolución de Gibraltar. El secreto no existe, los inventos tienen más de consecuencia lógica que de casualidad singular; y es muy posible que ínterin trata *Peral* de dotarnos de un artificio submarino otra nación resuelva el problema, si no de idéntica, de análoga manera á lo por él imaginado, sin que exista robo ni plagio.

Finalmente, llamamos la atención acerca de la dificultad, ya que no imposibilidad absoluta, de que, dada la ciencia actual, nuestro ilustre marino hubiese resuelto las arduas cuestiones de la visión á distancia, envuelto en las densas y mal alumbradas aguas del mar, y el régimen del barco, que no han conseguido vencer hasta ahora los torpederos de superficie ni los globos aerostáticos, que, por resultar envueltos en un mismo medio, presentan paridad con los submarinos, respecto á la falta de base de apoyo ó arraigo relativo.

Viniendo á las pruebas, dos percances sufrió al primer ensayo, que si bien no atribuibles á *Peral*, los estimamos de importancia, en buque que ha de bastarse siempre á sí mismo sin contar con el auxilio ajeno: la perfección y el auto arreglo son de exigir en tal linaje de aparatos; y en este punto hemos de lamentar la seguridad que, según diversas declaraciones, tiene *Peral* en su obra.

Sin ella hubiera dispuesto los elementos de su organismo industrial, de modo que los quebrantos, tan comunes y naturales como las enfermedades en los organismos vivientes, no tuvieran tanta influencia en las results, se remediaran con facilidad dentro del mismo buque, ó, cuando menos, en corto espacio de tiempo de salir de sus condiciones de normalidad.

La ola del entusiasmo, que se había elevado á grande y quizá excesiva altura en pro de *Peral*, ha descendido rápidamente por ley de reacción, en los que se dejan arrastrar inconscientemente por declamaciones de la prensa diaria, que así abate como ensalza á los que toma en sus garras ó brazos; nosotros, conservándonos en el nivel propio de las aguas serenas, continuamos teniendo profundo respeto y cariñosa simpatía á D. Isaac Peral, deseando que el Gobierno le siga protegiendo en sus laudables propósitos de dar un paso más, quizá el último, por la senda de la navegación submarina, comenzada á abrir en el siglo XVII y grandemente favorecida por los poderosos adelantamientos de la electricidad, como motor, aunque indirecto, y como luz de considerable energía.

Para nosotros, pese á la vocinglería de los que han puesto al borde del ridículo á nuestra Patria, destinada á oscilar siempre entre D. Quijote y Sancho Panza, que tan gráficamente la representan, el ilustre marino *Peral* no es un inventor como se viene repitiendo, ni por tal pretende pasar, sino un arreglador de inventos ajenos, extremándolos ó modificándolos para el logro de su objeto: hay la diferencia entre una y otra cosa, que en una melodía á Bellini y una fantasía sobre motivos de Bellini: lo ocurrido con el dinamo, que no era invención suya ni ha conseguido remendar, lo demuestra claramente; es indudable que se halla en más ventajosas condiciones que Monturiol, que hubo de recurrir á la fuerza humana para su incipiente aparato, y que esperaba mucho de la combustión del nitro para conseguir lo que los actuales han encontrado ya hecho, coadyuvando á sus fines y ahorrándoles fatigas y camino.

Por el interés que el problema despierta, y á fin de dar á mis lectores algunos datos acerca de la posibilidad de buen éxito del submarino en ensayo, he celebrado un *interview*, según ahora se acostumbra, con el Dr. Letamendi, uno de los que bajaron con Monturiol al fondo de las aguas, como encargado de dar dictamen en nombre del Ateneo Barcelonés acerca del invento: presentáronse las aguas—según el sabio médico aludido—de color de vidrio de ínfima clase, algún tanto verdoso, y, en consecuencia, muy absorbedor de rayos lumínicos, la visión directa es imposible ó muy reducida, y el rizo y cabrilleo de las olas hacen las veces de nubes; oscureciendo aún más la región submarina, ya poco lúcida de suyo.

Cierto que no se trata de la visión natural directa, sino de la que pueden proporcionar potentes focos eléctricos; mas téngase en cuenta la mala situación del observador—por ser de retorno la luz de que se sirve,—y la favorable en que se encuentran los peces, y lo que es peor la en que pueden encontrarse los antisubmarinos, que indudablemente se crearán en virtud del eterno principio antagónico de las compensaciones.

El índice de refracción de las aguas, tan distinto de el del aire respirable y del de los cristales separadores, ha de aumentar forzosamente una de las mayores dificultades que á la buena utilización de los submarinos han de ofrecerse, aun vencida la capital, á nuestro juicio, que es la de que pueda regirse con facilidad un aparato eminentemente industrial, con fuerza refleja como lo es lo de la electricidad y solicitado igualmente en todos sentidos, tendiendo por tanto al equilibrio inestable.

Hasta tanto que aparezca una nueva fuerza más útil que las ahora conocidas, más reducida en volumen y de más movimiento espiritual, estimamos difícil la resolución práctica ó industrial de este problema, así como del de la aereodinámica, que sin embargo va adelantando asimismo, sin llegar á su plenitud. ¿Será esta fuerza la materia radiante que hoy casi no se concibe ni explica? ¿Llegaremos un día á la eterización de la materia hallando una continuidad á lo que hasta hoy hemos juzgado completamente distinto? Problemas difíciles que acuden á la mente, pero menos que la electricidad misma, la cual realiza hechos que por increíbles y absurdos hubieran rechazado nuestros abuelos. Ínterin aguardamos con calma los experimentos de *Peral* debajo de las aguas; la eficacia del *servo motor* que emplea; los medios de que se vale para ver á largas distancias, y, sobre todo, el dominio del barco como *rector*, pues el salvajismo parece condición inherente á las primeras épocas de las apariciones de las entidades en todas las esferas, y sólo por evoluciones y mejoras se llega á la civilización que comunica y reúne á su vez ventajas externas.

**

Como comprobación de lo que en ocasiones diversas hemos manifestado acerca de que el problema de la navegación submarina se halla en la atmósfera científica y le falta sólo la sanción industrial, si bien lo consideramos difícil ya que no imposible dentro de los actuales medios, podemos añadir que los Estados Unidos han dado orden de construcción de cuatro submarinos, y que Inglaterra se percibe también á que formen parte de su numerosa escuadra, habiéndose encargado una casa de Birmingham de la construcción de uno por valor de ciento cincuenta mil duros; por otro lado, según dibujos detallados, que hemos tenido ocasión de examinar, los Srs. Cabanyes y Bonet han concebido el proyecto de un submarino que presentaron á la Academia de Ciencias, la cual emitió acerca de él muy favorable informe; sin que se comprenda, caso de ser cierto lo último, cómo el Gobierno le ha negado la protección á otros concedida, y que, á nuestro entender, debiera ser extensiva á los que con criterio científico y con favorable dictamen de autorizado centro académico, proponen un invento que pueda honrar á la Nación ó presentan una feliz y al parecer provechosa distribución de elementos.

* *

Los submarinos, ó sea la pequeñez oculta, en lucha con lo grande al descubierto, que es una de las características manifestaciones de nuestra era en que los microbios sustituyen á los colosos animales que un día poblaron la tierra, nos llevan á pensar en la muerte ó desaparición de una de las mayores embarcaciones que han surcado los mares: *El Leviatán*.

Comenzó la demolición ó desguace de tan grande maravilla de la arquitectura naval en 1.º de Enero de 1888, habiéndose terminado en el plazo de un año.

Como dato histórico interesante mencionaremos que ese monstruo marino, que consumía trescientas toneladas diarias de carbón, fué el que llevó el primer cable comunicativo entre Europa y América, enlazando y hermanando ambos continentes; créese que la venta de su casco ascenderá á más de un millón de pesetas, aun vendido, como se dice, por hierro viejo, lo cual demuestra la magnitud de su coste inicial.

Préstase á consideraciones, que no tenemos espacio para exponer, la coincidencia de su desaparición y la del asomo del torpedero submarino con tendencias destructoras, más apto para romper cables que para llevarlos, insidioso, diminuto y operando en la sombra: la única esperanza que nos anima es la de que, como en otras ocasiones ha acontecido, lo que de pronto es únicamente arma de combate y de destrucción, se convierta más tarde en auxiliar de progreso y en lazo fraternal y que el veneno se trueque en benefactora medicina.

MELCHOR DE PALAU.

¡COVADONGA!

ORATORIO

POR DON RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

PERSONAJES

Pelayo. — El Ángel de la Guerra. — Angeles. — Cristianos.

En el monte Auseba.

EL DESALIENTO

CORO GENERAL DE CRISTIANOS

Hundióse en Guadalete el reino de los Godos, triunfó de los cristianos la enseña del Corán, y nobles y plebeyos allí murieron todos al ímpetu salvaje del fiero musulmán.

Un ciento de valientes, oculto en esta sierra, aguarda resignado su muerte y destrucción; y el brazo desfallece, y el ánimo se aterra, y muda está lengua, y mudo el corazón.

Mirad á Pelayo,
el héroe sin par;
le rinde el desmayo,
le abruma el pesar.

La vista en el cielo,
que no le ha de oír;
tan sólo es su anhelo,
luchando, morir.

La vida del pecado
la muerte trae en pos.
¡Ay! hemos despertado
la cólera de Dios.

La noche avanza,
durmamos ya;
ni un rayo de esperanza
el día de mañana alumbrará.

(Preludio dulcísimo de música celeste.)

En el cielo.

CORO DE ÁNGELES

Por los celestes ámbitos
resuena el coro angélico,
cantando á la Purísima
estrella de Sión,

la Virgen de las Vírgenes,
la Reina de los Angeles,
amparo de los débiles
y luz de salvación.

Su amor no tiene límites
para el humano género,
y es faro para el náufrago
que á hundirse va en el mar;
y el Paraíso en éxtasis
contempla el rostro fúlgido
donde gozó el Altísimo
su gloria en reflejar.

Ave María,
de gracia llena,
madre sagrada
del Redentor;
del hombre guía,
blanca azucena,
luz de alborada,
fuente de amor.

Ave María, Ave María, Ave María.

EL ÁNGEL DE LA GUERRA

Cesad por un momento en vuestro canto,
El Señor os lo ordena;
yo el ángel de la guerra aquí levanto
mi voz que el orbe llena.
De las iras de Dios soy mensajero,
y vuelo á la batalla,
y hundo en el polvo al déspota altanero
que al hebreo avasalla.
De Jericó los muros derrumbados
de mi poder dan muestra;
los rayos de cien nubes arrojados
se apiñan en mi diestra.

CORO

Cese ya el himno á la que al cielo encanta;
el Señor nos lo ordena,
que el Ángel de la guerra aquí levanta
su voz que el orbe llena.

EL ÁNGEL

En los riscos del Auseba
de la ibérica región
se guarecen los cristianos
que la muerte perdonó.
Y los árabes han sido
el azote del Señor,

y las culpas castigaron
de una infiel generación.

Mas la Virgen, bondadosa,
por su pueblo intercedió,
y en la noche de su ruina
va á brillar un nuevo sol.

Irán los árabes
perdiendo tierra,
en guerra

constante siempre y con empuje igual;
Y de cien héroes
la sangre pura
segura

dará al cristiano gloria sin rival.
Soltad las cítaras,
coged la espada,
templada

de cien volcanes en la roja luz;
y demos ánimo
al fiel caudillo,
que brillo

dará un más vivo á la triunfante cruz.

Victima del cansancio y desaliento
el sueño ha adormecido sus sentidos;
y es fuerza que mi voz en sus oídos
vierta palabras que jamás oyó.
Y mientras doy, por orden soberana,
fuego á su corazón, luz á su mente,
moved las alas, refrescad su frente,
que el Señor de los cielos lo mandó.

CORO

Sus órdenes son leyes,
del Ángel de la guerra
vamos en pos.
Salve el Rey de los Reyes,
Señor de cielo y tierra.
¿Quién como Dios?

EL SUEÑO

PELAYO (Recitado.)

El cuerpo se durmió; pero ¿qué importa
si despierta se encuentra,
y de pena agoniza,
el alma, que cadenas no soporta,
como entre la ceniza
oculto el fuego se halla,
y cuanto más se oculta y reconcentra
con más fuerza y vigor después estalla?

Sumido en noche oscura
mi espíritu sin rumbo vuela incierto:
ni un rayo de luz pura
que anime al corazón rendido y muerto
viene á romper de mi prisión la sombra.

Palabras de consuelo á mis oídos
la muerte ya murmura.
¿Para qué la pelea
si caímos rendidos?
Dios nos abandonó. ¡Bendito sea!
¿Pero no es ilusión? ¿No es el deseo
el que mi vista engaña?
¿No es el alma que en ciego devaneo
finge para recreo
la suave claridad que el aire baña?

La luz aumenta; vaborosas sombras
descienden de la esfera....
¿Quiénes sois? ¿Mensajeros celestiales
que me envía el Eterno,
ó tentadores seres del que impera
en el profundo Averno?
Entre la duda y el asombro lucho.
¿Qué me queréis? Hablad, que ya os escucho.

(Continuará.)

1 Envío del pensionado de música en Roma D. Emilio Serrano y Ruiz.

EL LEGADO DE UN VIEJO

(Conclusión.)



— Los diccionarios dicen que la experiencia es el conocimiento de los hombres y de las cosas, adquirido con el trato de aquéllos, y en el manejo y ejercicio de éstas.

Lo que no dicen los diccionarios, porque no es de su resorte decirlo, son las dificultades que ofrecen el trato de los hombres y el manejo de las cosas. Eso se lo encuentra cada cual así que empieza á vivir, y lo va hallando más repeloso á medida que vive más.

B. — *Ars longa, vita brevis, experientia fallax, iudicium difficile, etc.* No olvidéis nunca que este retazo de aforismo de Hipócrates no es sólo aplicable á la medicina, sino también á la vida ordinaria de los profanos á la ciencia de Asclepiades.

C. — Por cada hombre que lleguéis á conocer perderéis una ilusión, y por cada mujer dos (término medio y cálculo aproximado).

Quando hayáis conocido muchos, os escocerá tanto el alma, que comprenderéis toda la sabiduría que encierra el precepto divino que nos manda: «Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos, por amor á Dios;» porque si hubiésemos de amarle sólo porque sí, me parece que la llama de ese amor correría riesgo de enfriarse, y acabaría á menudo por reducirse á heladas cenizas.

Cumplid, pues, el precepto evangélico: amad al prójimo; devolved bien por bien, y bien por mal. Cuando no tengáis el consuelo de la correspondencia, os quedará la satisfacción de haber cumplido la ley.

D. — Pensar, amar, sufrir. Tres infinitivos de otros tres verbos, que estaréis conjugando toda la vida.

E. — Procurad vivir de manera que el recuerdo de cada año, no os amargue la vida durante el año siguiente.

Sembrad todo el bien que podáis: esta es la única semilla que fructifica, si no siempre en la tierra, en el cielo siempre.

Nacemos llorando: hemos de procurar morir sonriendo.

En el espacio intermedio entre la cuna y la tumba, risas y lágrimas andarán siempre mezcladas y confundidas.

F. — Procurad siempre ganar amigos, sin buscar agradecidos. Y no despreciéis al que, á pesar de vuestros esfuerzos para impedirlo, os declare enemistad, porque no hay enemigo pequeño.

G. — En el trato ordinario, será inevitable que halléis hombres buenos y hombres malos. Respetad é imitad á los primeros, compadeced á los segundos. Tratadles á todos de suerte que, ni la modestia del bueno tenga que sufrir pensando que le aduláis, ni la soberbia del malo se engalle creyendo que le teméis.

La conducta del hombre discreto y prudente puede y debe apoyarse en dos bases: caridad y dignidad.

H. — Como que no habéis nunca de hallar hombres perfectos, ejercitaos en lo de saber llevar con paciencia las miserias y flaquezas del prójimo.

I. — Es raro encontrar hombres enteramente perversos. Si con alguno se tropieza, fuerza es guardarse de él como de cualquier otro animal dañino.

J. — No escasean los hombres que reconocen y confiesan sus propios defectos, y acaso algunos hacen alarde de ellos; pero es difícil que, aun esos mismos, lleven á bien que otro les señale ó tilde sus faltas. No olvidéis esto, para excusaros de cometer inconveniencias fáciles de evitar las más de las veces.

K. — Tened además presente que á muchos hombres (y sobre todo á muchas mujeres) les escuece más cualquier herida de la *honrilla* que de la honra.

L. — El mejor guardador del dinero y de los secretos propios es el mismo interesado. Aviso á los necios que se dejan llevar de una confianza harta ligera, y luego se quejan de descalabros y disgustos, de los cuales ellos fueron los primeros causantes.

M. — No pidáis nunca á otro que os haga lo que podáis hacer por vosotros mismos. El hombre que para cualquier cosa necesita de la ayuda ajena es un hombre incompleto, que acaba por cansar á cuantos tiene á su alrededor.

Hasta de los criados se debe prescindir cuanto se pueda: nadie se sirve mejor, con más celo, diligencia y habilidad que uno mismo; se mueve con más libertad é independencia aquél que no tiene que asociar á sus movimientos los de una persona extraña.

N. — Ha dicho un gran pensador que cuesta más mantener un vicio, que criar dos hijos. De lo cual se deduce que la virtud es conveniente hasta bajo el punto de vista económico.

O. — Es preciso recordar que el día tiene veinticuatro horas, que dan mucho de sí, cuando se sabe emplearlas bien y metódicamente; pero que ninguna de esas veinticuatro horas vuelve al día siguiente; así las que se desperdician ó mal emplean, son como retales de la vida que nos hemos cercenado voluntariamente, porque al fin, el tiempo es la tela de que está hecha nuestra existencia.

P. — El que roba á otro, dinero, le quita una cosa que acaso pueda restituirle. El que roba tiempo, no puede jamás restituirlo.

Ojalá que esto no olvidasen nunca los que tienen el vicio de dedicar ratos á conversaciones insustanciales (ya que no sean perjudiciales) y á pasatiempos fútiles ó nocivos.

Los que dan en la flor de *hacer tiempo*, es decir, de perderlo, me parecen una especie de suicidas inconscientes al por menor, puesto que se quitan pedacitos de vida. Y si hacen perder el tiempo á los otros, algo tienen de *asesinos*.

Q. — Dejar para otro día lo que se puede hacer hoy, es exponerse á no hacerlo nunca.

Tampoco estoy porque, á puro quererlo hacer todo en el acto, se haga mal y embarulladamente.

Mucha razón tuvo quien dijo aquello de: cada cosa á su tiempo y tiempo para cada cosa.

El hombre sensato no debe aspirar á hacer mucho; sino á hacerlo bien.

Con que cada cual hiciera bien todo lo que es capaz de hacer, el producto total del trabajo de todos ascendería á una cantidad y á una calidad prodigiosas.

R. — Achaque suele ser de los que tienen pocas ganas de trabajar meterse á hacer lo que no les incumbe y dejar de hacer lo que les toca; con lo cual empiezan por sacudirse la faena propia y acaban por abandonar la ajena.

S. — Buen ánimo, serenidad y entereza para sobrellevar los golpes de la contraria suerte y las pérdidas de los bienes del mundo.

Con acostumbrarnos á considerarlos como lo que son, esto es, como caedizos y transitorios, tendríamos andado lo más del camino para no fundar en ellos una felicidad que no cabe nunca realizar en esta vida, por muy próspera que sea nuestra fortuna.

Pensad que nacemos sin tener nada, ni siquiera calor propio para seguir viviendo; y siempre óf decir que á la hora de la muerte nos han de sobrar dos cosas: pecados y dineros, por pocos que tuviéremos.

T. — Sed sensibles á la emulación, que es aci-

cate honroso para andar el camino del perfeccionamiento; pero acorazaos contra la envidia, que es linaje de ponzoña que malea las mejores disposiciones, empequeñece todos los propósitos y mata la tranquilidad, sin saciar nunca el deseo.

La envidia de los demás es inútil que os empeñéis en aplacarla; porque con nada se desarma. Rabiara si te ve en la cumbre, rabiara si te ve en el abismo, ha dicho muy bien un célebre publicista moderno.

U. — Es difícil resolver qué es lo que corrompe más al vulgo de los hombres, si la miseria ó el poder. Pero me inclino á creer que tenía mucha razón el que dijo que, «el que pasare de improviso de la miseria al poder ó del poder á la miseria, necesita ser un Catón para no convertirse en demonio.»

Dad, pues, gracias á Dios si os conserva toda la vida, en una humilde medianía.

V. — Estoy convencido de que debo, en gran parte, mi longevidad, á haber procurado siempre levantarme á la del alba, trabajar todo el día, hacer ejercicio al aire libre, dejar la mesa satisfecho, pero no ahito, gastar buen humor y acostarme con la conciencia tranquila.

X. — Entre todas las mujeres, tuve siempre por la mejor, la más digna de amor y de respeto, á la madre de mis hijos.

Entre todos los amigos, los que quizás me prestaron más y mejores servicios, fueron los buenos libros.

De todo el dinero que ha pasado por mis manos, el que me ha dado mejor rédito es el que dí de limosnas.

De todas las fincas que he poseído, á la que tengo más cariño es á la sepultura que me espera en el cementerio del pueblo donde nací.

Y. — Si después de haber vivido tanto, me preguntáseis qué tal me ha parecido la vida, os contestaría que á los veinte años me parecía muy hermosa, me sabía á deseo y pensaba que no se me podía acabar nunca; á los cuarenta comencé á conocer prácticamente el claro-oscuro del cuadro y lo agridulce del asunto, y me pareció que corría con sobrada celeridad; á los sesenta comprendía que acaso los abrojos eran más que las rosas, y que lo que en mi juventud consideré como *derecho á vivir*, podía considerarse mejor como *obligación de vivir*; á los ochenta ví que la peregrinación era penosa y tardaba en acabarse: la vida entonces ya no tenía para mí otro atractivo que el de ser esperanza de la muerte.

Z. — En fin: de los muchos años que he vivido, los que considero haber empleado mejor, son los que he dedicado á disponerme para morir bien.

Este era el manuscrito del viejo. Supongo yo que los nietos lo conservarían como recuerdo.

¿Les sirvió de algo?

Eso no he podido averiguarlo.

EDUARDO BERTRÁN RUBIO.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Han sido socorridos con la sopa de la caridad en nuestro Asilo, desde el día 13 al 15 del actual, en que ha terminado esta humanitaria obra, 3.637 pobres.

COLEGIO DE LA UNIÓN.

Fundado en 1835 por la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, para huérfanas de militares fallecidos en acción de guerra, se estableció en Aranjuez y ahora se traslada á la posesión de Vista Alegre, adquirida por el Estado, en un edifi-



cio de nueva planta, destinado á la educación y albergue de las asiladas.

El colegio se encuentra á pocos metros de distancia, de la puerta de entrada de la posesión del difunto Marqués de Salamanca. El primer cuerpo del edificio, lo constituyen el lavadero y la estufa para plantas y flores.

El otro cuerpo, en el cual se hallan instaladas todas las dependencias del colegio, consta de planta baja y dos pisos, con galerías en cada uno, por la parte de la fachada principal.

El colegio, en el cual hay actualmente 94 asiladas, se halla servido con todo esmero y solicitud, por las Hermanas de San Vicente de Paúl.

Los almacenes, comedor, sala de descanso y visita, clases, dormitorios y otras habitaciones, son espaciosas, altas de techo y bien ventiladas. Nada deja que desear el establecimiento, montado con arreglo á los últimos adelantos, así en la arquitectura como en la parte pedagógica.

Las obras han sido hechas en poco más de un año, y lo invertido en ellas, englobando los enseres y demás objetos, no ha pasado de 32.000 duros.

En los primeros días de Abril, S. A. R. la Infanta Doña Isabel, Presidenta del Real Patronato á que el colegio pertenece, inaugurará oficialmente el nuevo edificio.

CRÓNICA

La Comisión permanente de la Junta Central del Congreso Católico Nacional se reunió el día 13 en el Palacio Episcopal, bajo la presidencia de nuestro Excmo. Prelado. En ella se empezaron á clasificar y leer los trabajos científicos, literarios y artísticos que para el Congreso se reciben, acordándose acuñar una medalla conmemorativa del Congreso, habilitar la Iglesia de San Jerónimo para las sesiones públicas, encargar un cuadro al óleo, retrato de Su Santidad para la presidencia del Congreso, entenderse con las Compañías de los ferrocarriles del Norte y del Mediodía y solicitar de ellas rebaja de precios, para los que vengan á Madrid con motivo del Congreso.

La parte musical ha sido encomendada al Sr. Monasterio, socio titular del Congreso. El templo de San Jerónimo se habilitará y decorará bajo la dirección del Sr. Marqués de Cubas. Son ya cerca de 800 los Socios titulares y honorarios que se han inscrito, y se reciben estos días muchos trabajos literarios en la Secretaría de la Junta. El acto promete ser solemnísimos.

— Copiosa en doctrina y notable en la forma, es la Pastoral que el Venerable Sr. Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias, ha dirigido á los Sacerdotes de su jurisdicción castrense, generales, jefes, oficiales, clases y soldados de mar y tierra y á los feligreses de ambas jurisdicciones.

— Ha fallecido en Madrid la Srta. Doña Mariana Caamaño y Stuyck. Conocedores de sus virtudes, no dudamos que habrán alcanzado en la otra vida el premio que merecían, y nos asociamos al dolor de su padre y hermanos.

— La Academia de la Juventud Católica de Barcelona ha dirigido una circular á las demás Asociaciones católicas, invitándolas á que se adhieran al Congreso Católico nacional que ha de celebrarse en Madrid. En la circular recuerda la Juventud Católica que se han adherido al Congreso hasta ahora cincuenta Obispos, y ha sido además especialmente bendecido con un expresivo Breve de Su Santidad León XIII, en el que manifiesta cuán gratísimo le ha sido ver « que los españoles siguen el ejemplo de otras naciones católicas, en materia que es

digna de toda alabanza y que corresponde á su piedad ».

— A Roma ha llegado la peregrinación de los Estados Unidos, compuesta de 105 personas, entre las cuales se hallan 42 sacerdotes. Forman también parte los Obispos de Nashville Mons. Rademacher, y un Prelado, Mons. Satón, antiguo alumno de la Academia Eclesiástica.

— La Academia de Jurisprudencia, con numerosa concurrencia de abogados y médicos, celebró sesión el 19, continuando la discusión de la Memoria acerca de *Ferry y su escuela*, ó sea de las doctrinas reinantes acerca de la criminalidad.

El Dr. Vera (D. J.) pronunció un discurso nutrido de datos y observaciones, afirmando la teoría de la degeneración orgánica como fundamento de la criminalidad, las consecuencias que en la práctica debe tener esta doctrina y el criterio que la escuela antropológica española tiene acerca de estas cuestiones.

— Las Salas-Escuelas-Asilo de párvulos, recientemente establecidas en Lérida, tienen por objeto recoger durante el día á los muchachos callejeros que vagan perdidos por nuestras grandes ciudades, librándolos así de las desgracias corporales tan frecuentes á su edad por el descuido de sus padres, y sobre todo de la pésima educación que da la vagancia y que suele concluir en la cárcel ó en presidio. La Escuela-Asilo, á más de proporcionar alimento y abrigo á estos infelices, procurará su enseñanza en el temor de Dios y en las primeras letras. Admitense ambos sexos desde los dos á los siete años; pues la obra es exclusivamente para la primera edad.

— El martes último se verificó la inauguración de la Casa de Salud y convalecientes pobres de Nuestra Señora del Rosario é Instituto Encinas, situada en la calle del Príncipe de Vergara, asistiendo S. M. la Reina Regente y las Infantas.

— Los Hermanos de las Escuelas cristianas, con aprobación del Sr. Obispo de Barcelona, han abierto en el pueblo de San Gervasio de Cassolas una escuela parroquial gratuita, cuya inauguración oficial tuvo efecto el día de San José, celebrándose en la iglesia de la Bonanova una solemne Misa. En dicho acto, al cual asistieron las autoridades del pueblo, hizo oír su autorizada palabra el Señor Doctor D. Buenaventura Rivas, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Basílica.

— El Dr. D. José G. González del Valle, nuestro ilustrado colaborador científico, ha sido nombrado médico del « Asilo de ancianos de Santa Ana », por lo cual felicitamos á la Junta y á los acogidos.

— Anualmente se pescan en Terranova y Nueva Escocia de 60 á 70 millones de bacalaos, cantidad pequeña, cuando se considera que cada hembra pone 4.500.000 huevecillos al año, habiéndose encontrado 8 millones de huevecillos en un solo ovario.

Si los 60 millones de bacalaos que se pescan en las costas de Terranova se dejaran criar, produciendo las 30 millones de hembras 5 millones de huevecillos anualmente, tendríamos al año una suma de 100 billones de bacalaos que agregar al número actual.

Otros peces, aunque no igualan al bacalao, son extraordinariamente prolíficos. Un arenque de siete á nueve libras de peso produce unos 30.000 huevecillos. Después de todas las reducciones, por la destrucción de los arenques pequeños, se ha calculado que en tres años un solo par de arenques producirá 154 millones.

— El erudito P. Sarmiento, en sus Memorias para la historia de la poesía española, se ocupa de nuestra

hermosa lengua dividiendo el castellano en cien partes, y haciendo ver las palabras que aproximadamente tiene de otras lenguas, de lo cual resulta que:

60 partes son del *latín*.

10 de lenguas septentrionales (vascongada, iberica, goda y celta.)

10 de la fenicia, púnica y árabe.

10 son palabras eclesiásticas y griegas.

10 están tomadas de lenguas modernas.

100

El diccionario de la lengua castellana tiene de 33.000 á 54.000 palabras.

— El Presidente de la República de Méjico ha publicado un decreto, cuyo artículo esencial es como sigue:

« Los militares que retaren en duelo á sus superiores ó á sus iguales á quienes estén subordinados para el servicio, lo mismo que los superiores que retan á sus inferiores ó iguales que les estén subordinados, serán expulsados del ejército, sin perjuicio de sufrir la pena á que los condene, con arreglo á las leyes comunes, la autoridad competente. »

— Un periódico de Nueva York hace notar la decadencia del protestantismo en los Estados Unidos, publicando los siguientes datos:

« En 1840 había en Nueva York una Iglesia protestante por cada dos mil habitantes; en 1880 una por cada tres mil; y en 1887 una por cada cuatro mil, y este número de templos es hoy más que suficiente para satisfacer á los escasos fieles que á ellos concurren. En cambio, el Catolicismo se propagó maravillosamente desde 1840, en que apenas había un templo católico. Hoy los fieles de la Iglesia romana, añade, suman en Nueva York cinco veces más que los protestantes de las varias denominaciones y sectas en que están divididos. »

— En Montecarlo, durante el Carnaval, parece que el empresario de la casa de juego ha ganado veinte millones de pesetas. Verdad es que en la misma proporción ha aumentado el número de los desafíos y de los suicidios. Se habla de quince duelos y de diez y seis suicidios en el mes de Febrero.

NOTAS SUELTAS

EL FILÓSOFO Y EL CURA

— ¿No comprendéis la eficacia de la penitencia?

— Sí; pero yo no me confieso porque no tengo pecados.

— No conozco más que dos clases de personas que no pequen. Los que no han llegado á la razón y los que la han perdido.

**

EL IMPORTUNO Y EL NATURALISTA

— Está usted ocupado, entre libros. Sentiré molestar....

— Nada de eso: estoy haciendo estudios é investigación sobre los monos. Tome usted asiento.

**

LOS CARNEROS DE PANURGO

El origen de esta locución es el que sigue:

Dindenolt, comerciante en carneros, embarcó un rebaño en el buque en que iba Panurgo, hombre enredador y diabólico.

Las disputas que hubo entre ellos, produjeron á bordo grave disgusto, que terminó la hipócrita calma de Panurgo, volviendo á hacerse amigo del



LA PRIMAVERA, CUADRO DE VAYREDA.

comerciante. Mas la vengaza del ultraje no era olvidada por aquél, y discurrió comprarle un carnero, que en el acto le pagó, echándolo al mar. Sabido es que esos animales siguen el camino que les traza el que va delante; por lo cual, y á pesar de los gritos y esfuerzos de Dindenolt, todo su rebaño se arrojó al agua, arruinando al infeliz tratante.

* *

PEPITO Y SU PAPÁ

— Mañana son mis días. ¿Qué me regalarás?
 — Una naranja.
 — ¡Vaya, qué cosa!
 — No tengo un cuarto, hijo mío. No hay dinero.
 — Pues serás un tonto; porque mira lo que dice este periódico:
 «Dinero sin corredores.»
 «Dinero en grandes y pequeñas partidas.»
 «Dinero barato.»
 «Dinero sin retención.»
 «Dinero en el acto.»
 ¡Con que ya ves si tenemos dinero!

* *

DE UNA CRÓNICA AL USO

....El eminente actor tuvo en su beneficio, muchos y variados regalos. Véase la lista: Sr. López, *unas pantuflas*. Sr. Pérez, *trompetilla acústica*. Sr. Sánchez, *una caja de medias de lana*. Sr. Martínez, *un salero*. Sr. Gutiérrez, *una besuguera, vacía*. Sr. Domínguez, *mapa de las minas de Riotinto*. Sr. González, *una palmaria de barro frito*. Sr. Núñez, *un velocípedo*. Señor Gómez, *una percha*. *Tres cajas de pastillas pectorales y 17 coronas naturales y ficticias.*

* *

En el despacho del prestamista:

— 8 por 9, 72 y llevo 7.
 — ¿Qué haces, ladrón?

— Nada, mi principal.
 — ¡Como dices que llevas 7!
 — Estaba echando una cuenta.
 — Es que en esta casa, ni en broma lleva nadie nada.

* *

La vanidad es una malla tejida por la imaginación.

* *

¿Quién es ese que va dando palos por la calle?
 El orgullo, que es ciego de nacimiento.

* *

La memoria es el disfraz de la ignorancia. La imaginación, la enemiga del talento.

* *

¿Cuál va más de prisa de todos los viajeros del mundo? La calumnia.

* *

La muerte no es noche, sino aurora. Esperarla á pie firme, es la mayor victoria de la vida.

* *

¿Quieres evitar el fastidio?
 Ten ocupación.
 ¿Los malos pensamientos?
 Trabaja.

* *

La caridad no es patrimonio exclusivo del pobre, ni ha de ejercerse únicamente en las catástrofes. La necesitamos todos. No seamos hermanos sólo en el infortunio; seámoslo en la paz del mundo y del hogar.

* *

El colmo de la credulidad:
 Tragarse una bola del puente de Segovia.

REAL ESTABLECIMIENTO DE MUNICH
 PARA LAS ARTES ECLESIASTICAS
MAYER Y C.^a (Londres.)

VIDRIERAS de colores con efigies ó diseños geométricos.
 ALTARES, VIA-CRUCIS, PÚLPITOS, ESTATUAS

Pueden admirarse las vidrieras de los Sres. **MAYER Y C.^a**, en las Catedrales de Burgos y Málaga; en las iglesias de Madrid, Pamplona, Jerez, San Sebastián, Vitoria, etc.



Los Sres. **MAYER Y C.^a**,
149, New Bond Street, LONDRES.
 tendrán mucho gusto en remitir gratis y francos de porte diseños y catálogos á quien los solicite.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
 El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
 El mejor calmante contra los dolores de muelas.
 Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT**
 con Quina para los cuidados de la boca.
 229, Rue St-Honoré, Paris
 Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL **VIOLET** JABON
 DE **THRIDACE** unico Inventor **VELOUTINE**
 29, B^{is} des L'alleus, Paris
 Recomendados por autoridades médicas para la Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.